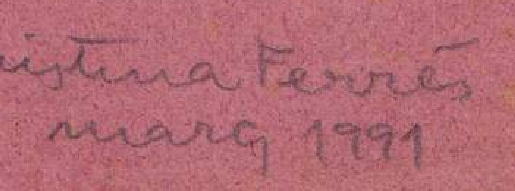
José Abril Argemí

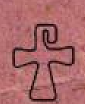
La Revolución de Julio de 1909 en Mataró

Precio: 25 céntimos



Tip. Vilá : Rambla Mendizábal, 64
Mataró : 1910





José Abril Argemí

La Revolución de Julio de 1909 en Mataró

Tip. Vilá : Rambla Mendizábal, 64
Mataró : 1910

PRÓLOGO

La revolución de Julio de 1909 es el estallido de un pueblo, cansado de tantas injusticias que de mucho tiempo viene padeciendo.

El pueblo trabajador y á la par desheredado, está harto de sufrir la tiranía de los privilegiados, que á más de explotarle le obligan á derramar su sangre en una guerra impopular, porque es una guerra que la ha provocado la codicia capitalista.

La guerra de Melilla, con la llamada de los reservistas, acabó con la paciencia del pueblo productor, que se echó á la calle en son de protesta y dispuesto á todo.

La masa llamada pueblo, cuando se enfurece, es terrible; no hay nadie ni nada que la detenga: es alud que todo lo arrolla, es ventisquero que todo lo destruye, es tormenta espantosa, es río desbordado que no hay dique que lo contenga.

Las revoluciones acobardan á las gentes timoratas, y mucho más si no tienen una orientación; por esto es que cuando alguien, sin saber de lo que se ha valido, logra encauzarlas, las gentes *sensatas* empiezan á tomar aliento. Los «*ordeno y mando*» y los «*dispongo*», por radicales que sean, no asustan ni á los archiconservadores, porque, para ellos, aquello es el mal menor. La *gente de orden* pasa por todo, antes que estar sin gobierno, que por radical que sea, de momento lo apoyarán; no siendo esto óbice para conspirar contra él, y, una vez derrumbado, encausar á sus componentes, en pago de haberles salvado vidas y haciendas.

Por ser uno de los testigos oculares, quizás el que más estuvo al tanto de los sucesos que se desarrollaron en la ciudad de mis queridos hijos, es por lo que voy á narrar y comentar los hechos y las diferentes fases porque han pasado los nueve días de revolución.

En Mataró se hizo causa común con los demás pueblos que gritaban: ¡Abajo la guerra! ¡Viva la paz! Pero aquello, que era sólo una protesta, tomó de pronto un aspecto tan belicoso, que asustó á muchos de sus iniciadores.

Basta de prólogo: vamos á historiar los hechos.

DÍA 26

PARO GENERAL

Serían las dos de la tarde, que empezó á circular el rumor de que se harían parar todos los trabajos. Efectivamente, en menos de dos horas quedó todo paralizado.

Los que iniciaron el movimiento, que era el elemento obrero, nombraron una Comisión para que se entrevistase con el Ayuntamiento á fin de que suspendiese las fiestas. (Estábamos en la víspera de la fiesta mayor.)

Los concejales republicanos defendieron el criterio de la citada Comisión, y el Ayuntamiento acordó la suspensión de las fiestas.

Al salir el pueblo de la Casa de la Ciudad, se dirigió á la plaza de la Libertad, y desde el balcón del Centro Federal dos individuos de la Comisión le dirigieron la palabra explicando el por qué de aquel movimiento.

Por la noche, en el Centro de Clases, se reunieron representaciones de los partidos políticos y sociedades obreras que habían secundado el movimiento. De aquella reunión salió el acuerdo de que continuara la protesta, pero que los comercios hiciesen sus transacciones. Este acuerdo, aunque fué tomado por gran mayoría de votos, no por esto prevaleció, como se verá en la reseña del día siguiente.

DÍA 27

Cierre general.—Quema de casillas de consumos.—Desarme del «Somatent».—Asalto á la Zona.

Este es el día de más agitación de todos los de *la revuelta*. Muy de mañana, empiezan los elementos más levantiscos á formar grupos, acordando hacer cerrar todos los comercios, y á este efecto se distribuyen en comisiones que pasan á todas las tiendas el aviso de que á las nueve han de tener cerrados sus establecimientos; orden que se cumple con exactitud cronométrica.

Enteróse la Autoridad, como es natural, de la actitud de los gru-

pos, y llamó á los concejales republicanos para echarles en cara el proceder de las masas. Éstos le demostraron que no tenían nada que ver con lo que sucedía.

Estaban debatiendo, Alcalde y concejales, sobre el cariz que tomaba la protesta, cuando se presentó la Comisión que se había encargado de dirigir aquel movimiento, diciendo que ella no tenía nada que ver con los revoltosos. Esto contrarió mucho al Alcalde, porque se vió impotente para sofocar aquel motín; no obstante, no declinó el mando en la Autoridad militar hasta la noche.

Circuló el rumor de que por la noche habían llegado frailes y que se habían refugiado en el Hospital. Pronto formóse un grupo de varios centenares de hombres y chiquillos y se fué á registrarlo para ver si en efecto había frailes. No encontrándolos, se dirigió á los fielatos de consumos quemando las casillas.

Una vez quemadas las casillas, exigieron en una tienda que les entregase latas de petróleo, dirigiéndose con él al convento de los Salesianos, pegándole fuego.

Un piquete de la guardia civil al mando de un capitán les salió al encuentro, dispersándolos. Se oyeron algunos disparos, quedando sólo chamuscadas las puertas del convento y se rompieron los vidrios. Los padres salesianos huyeron al campo.

Por la tarde, frente de la Casa de la ciudad, formóse un numeroso grupo en actitud amenazadora, protestando de la guerra de Melilla. La guardia civil estaba en medio de la multitud.

Estaban reunidas las autoridades en el salón de sesiones y acordaron llamar al *Somatent*. Unos ocho individuos del mismo prestáronse á ser pasto del furor popular. Entre éstos había el Secretario del Ayuntamiento, hombre casi popular. ¡Parece mentira que este señor, que sabe lo que son revueltas, se prestase á ir á desafiar al pueblo indignado!

Así que el pueblo vió á los del *Somatent*, empezó á silbarles y á gritar ¡fuera!, ¡fuera! Los del *Somatent*, con una imprudencia sin igual, encararon las armas al pueblo.

Casualidad fué que los del *Somatent* pudiesen entrar en las Casas Consistoriales.

En el momento que la masa rugía como fiera acorralada contra los del *Somatent*, presentáronse varios concejales republicanos, que, subiendo á la Casa de la ciudad, apostrofaron á los del *Somatent* y á los que los habían llamado. Entre otras cosas les dijeron lo siguiente:

«¡Lo que estáis haciendo es indigno! ¡Precipitáis los acontecimientos y se derramará sangre; pero vosotros, sólo vosotros, seréis los responsables!»

El pueblo gritaba furioso contra los del *Somatent*, exigiendo que se volviesen á su casa.

Los concejales republicanos salieron al balcón prometiendo que los del *Somatent* se retirarían.

El pueblo dijo que había de ser sin armas.

Los del *Somatent* asintieron; pero con lo condición de que los concejales republicanos habían de acompañarles.

Al salir á la calle, la masa abrióles paso; pero así que los tuvieron en medio empezaron á repartirles trompazos, recibiendo alguno varios concejales.

Hubo individuo del *Somatent*, que de no haber mediado un concejal en su favor, exponiendo la vida, lo habrían linchado. Otros se libraron gracias á la ligereza de sus piernas.

El Secretario se salvó de ser arrastrado, gracias á que se metió en una casa—la cual fué registrada varias veces por los *protestantes*—y de ésta escurrióse á otras.

Los concejales republicanos decían á los revoltosos que les habían prometido que dejarían ir libremente á sus casas á los del *Somatent*, y que por lo tanto ellos habían de defenderles porque habían fiado en su palabra.

—¿Qué palabra ni ocho cuartos?—contestaban los *protestantes*,—nosotros protestamos de que nuestros hijos y hermanos vayan á morir en Melilla; y porque protestamos vienen los del *Somatent*, que tienen los suyos en casa, y nos apuntan las armas. ¿Por qué no van ellos, que son tan *patriotas*, á defender la Patria y sus intereses? ¿Es justo que vayamos nosotros, que no tenemos nada? Vaya: ellos y los que les habéis defendido merecéis ser arrastrados.

Cuando los del *Somatent* hubieron desaparecido, empezaron los revoltosos á pedir que se retirase la guardia civil.

El capitán, que hacía esfuerzos para calmar los ánimos, complacióles haciendo retirar la fuerza armada. ¿Por qué accedió á las pretensiones de los *protestantes?* Porque tenía la fuerza comprometida.

Habría bastado que la masa se hubiese apretado, para coparlos.

Así que la guardia civil hubo salido de en medio de aquella enorme masa, escogió un punto estratégico para no ser otra vez envuelta. El capitán no se movió de entre los revoltosos, discutiendo con ellos.

Dicho capitán demostró tener buen corazón, por la mesura con que se portó en aquellos acontecimientos; y también demostró tener valor cívico, porque valor se necesita para estar en medio de una masa que le era hóstil y en la que muy cerca de él se decía: *¡mateulo!*

Se ha dicho que la prudencia y el valor lo demostró porque no disponía de suficientes fuerzas.

Cuarenta hombres, bien armados y disciplinados (sin contar los carabineros), es una fuerza nada despreciable.

Cuando la guardia civil se hubo retirado, empezaron los revoltosos á discutir que lo que habían de hacer era ir por las armas que habían dejado los del *Somatent*.

De pronto se oye una voz, potente como la de Danton, y que en medio de aquella algarabía impone un silencio sepulcral. Empieza diciendo «¡Pueblo! ¿No quieres armas? Pues aquí (señalando la Casa de la ciudad), hay las que han dejado los del *Somatent*. Vamos por ellas».

¡Cosa singular! Este hombre que dirigió la palabra al pueblo, que fué escuchado con atención y que nadie se opuso á lo que dijo, jamás había hablado en público, nadie le conocía como político ni como obrero militante.

¿Qué motivos le impulsaron á presentarse como caudillo, aunque de momento, ante aquella enorme masa? Tenía un hijo en Melilla.

Los *protestantes* nombraron una Comisión de tres individuos para que en su nombre exigiese á la Autoridad la entrega de las armas que los del *Somatent* habían dejado, pasando dicha Comisión en seguida á hacer la demanda, cosa que la Autoridad les denegó, aunque no rotundamente.

Entre la Comisión y las Autoridades pasaron escenas cómicas. Los individuos de la Comisión tomaron asiento, y uno de ellos notó que un compañero suyo no se había descubierto y le invitó á que lo hiciera, contestándole el aludido: «no tengo la costumbre de hacerlo nunca».

Autoridad y Comisión debatieron bastante tiempo. Los de la Comisión exigían las armas en nombre del pueblo, y la Autoridad les decía que la Ley no les permitía entregarlas.

El Alcalde, después de mucho discutir, les propuso que las cerrarían en un armario y que les entregaría la llave; y como no se conformaron, les preguntó si tenían confianza en él, y le contestaron que no; añadiendo uno: «¡Confianza! Lo que es yo ni me fío de la camisa que llevo».

En vista de que no se entendían, marchóse la Comisión á dar cuenta de su cometido al pueblo.

Así que la Comisión se fué, el Alcalde mandó llamar á un armero para que desmontara aquellas armas; cosa que quedó hecha en poco rato.

Los revoltosos mandaron otra Comisión con el *ultimatum* de que querían las armas. Después de dar largas al asunto, la Autoridad consintió en entregarlas. Entonces entraron los revoltosos y se las repartieron, pero desmontadas: quien llevaba un cañón, otro una culata y el de más allá un martillo, mostrando estos desechos como trofeos de una gran batalla.

¡Qué tiempo y qué energías tan mal invertidos!

Mientras se estaba discutiendo la entrega de las armas de marras, varios individuos aprovecharon el tiempo arrancando la vía férrea y cortando los alambres del telégrafo.

Llegó la noche y cerróse la Casa de la ciudad, cosa nunca vista, y el Alcalde entregó el mando á la Autoridad militar.

Fuéronse los revoltosos y los no revoltosos á cenar, y algunos de los primeros se dieron cita en el cementerio; pero fueron tantos los que acudieron á la cita macábrica, que no tomaron ningún acuerdo, porque no tuvieron confianza unos con otros.

Un muy íntimo mío me contó lo que sigue:

«Serían las diez de la noche, cuando pasó por mi casa un individuo perteneciente á la gente de *orden,* y me dijo:—¿Qué hay de nuevo? (Esta era la pregunta de reglamento.)

»—No sé nada—le contesté.

»—Esta gente—objetóme el del *orden*—traen algún plan maquiavélico.

»—¿En qué te fundas?—le observé.

»—En que van llegando—contestóme—de dos en dos á la plaza de la Libertad y allí se quedan: por algo se concentran.

»Fuíme á dicha plaza y, efectivamente, aquello era un espectáculo extraño. En las ramblas y plaza de la Libertad circulaban sombras, bultos, fantasmas; á dos pasos no se distinguía nada ni nadie. Conocíanse los individuos más por el timbre de la voz que por la fisonomía.

»Al poco rato de pasearme, acercóseme un individuo, que para reconocerle tuvo que decirme su nombre (y esso que todos los días hablábamos), diciéndome que unos individuos preguntaban por unos *revolucionarios*, y que no encontrándolos había creído que debía presentármelos.

»Hiciéronme los desconocidos varias preguntas referentes al mo-

vimiento; y si había algún plan político, y si disponíamos de fuerzas para ir á otro lado. Tuve que contestarles negativamente á todo cuanto me preguntaban.

»Les dije: aquí no hay orden ni concierto, ni dirección ni nada; nadie obedece á nadie, todos son jefes de sí mismos.

»Continuaba hablando con mis desconocidos, cuando oímos, del lado de la casilla llamada *den Mataró*, cierto murmullo. Mis compañeros y yo nos acercamos allí, y pronto vimos, sin distinguirlo, á uno que subió á la muralla que hay al lado de la citada casilla (á aquella hora y en aquella parte el reflejo de la luna hacía que se conocieran las personas, dirigiendo la voz al público, diciendo poco más ó menos lo siguiente:

«Aquí somos gente de sobras para llevar á cabo cualquier empresa; lo primero que hemos de procurarnos son armas. En la Comandancia militar las hay, debemos ir por ellas. El que no esté *arreglado* que se vaya á *arreglar*. Quien quiera que me siga.»

»Dicho esto, saltó de la *tribuna* dirigiéndose á la Zona militar él y muchos de los allí reunidos que le siguieron.

»¡Lástima de valor empleado en tan descabellado plan!

»Visto lo antedicho, me dirigí á mis desconocidos y les dije: ya lo veis, esto es el disloque. ¿A quién se le ocurre hacer un *mitin* en plena calle para ir á asaltar un fuerte y que desde el cual le oyen perfectamente? Para mí esto tiene tanto de locura como de valor.

»Me despedí de mis compañeros diciéndoles: esta gente está loca y yo todavía aprecio la vida; y, por lo tanto, no estoy dispuesto á sacrificarla estérilmente.

»No habría andado doscientos pasos, cuando oí varios tiros. Era la manera como todo el mundo, menos los del *mitin*, creía que los de la Zona los recibirían, al ir aquéllos á pedirles las armas, aunque fuese en nombre del pueblo. Al pueblo se le atiende cuando lo domina todo.»

Dícese que había carabineros parapetados en varias calles y que fueron los que hicieron fuego. Por fortuna no hubo más que un herido.

También se aseguraba aquellos días, y que había señales evidentes en la pared de enfrente, que los padres Escolapios hicieron un nutrido fuego contra la masa, lo que no se confirmó.

La guardia civil patrullaba por las calles y cuando los revolucionarios fueron á la Zona se parapetó en la muralla en que éstos hicieran el *mitin*.

Cuéntase que un *revolucionario*, que no tuvo *bemoles* para seguir

á sus compañeros, confundió á la guardia civil con un grupo de los revolucionarios y acercándose á ellos les dijo: *¡Jóvenes! ¡Ahora!* En aquel momento, fuese por casualidad, ó por lo que fuese, la guardia civil hizo una descarga.

Al oir nuestro hombre la descarga huyó gritando: ¡ay, que me han herido!, ¡ay, que me han herido!

Fué tanto el alboroto que promovió con sus gritos lastimeros, que un ciudadano abrió las puertas de su casa y le hizo entrar. Acudieron varios vecinos con vendajes. Empezaron á desabrocharle, y no encontrándole sangre, le preguntaron en dónde tenía la herida. En el bajo vientre he de tenerla, dijo, y que me ha de haber manado mucha sangre, por lo mojado y débil que me encuentro.

El que le desabrochó los pantalones dijo:—La bala debe haberle interesado los intestinos.

—¿En qué te fundas?—le preguntaron sus vecinos.

—En que lo que tiene pegado al cuerpo—contestóles—más bien parecen excrementos, por el hedor que despiden, que sangre.

El que lo reconoció, cansado de no encontrarle la herida y sí sobras de excrementos, le dijo:—Vete á tu casa y que tu mujer te lave, porque te has ca..do.

Dícese que el revolucionario de marras respecto de su *herida* cuenta lo siguiente:

—He oído contar que la impresión que produce la herida de bala de mauser es la de un pellizco y que al mismo tiempo se siente uno mojado: he ahí el por qué me creía, y con fundamento de causa, por lo mojado, que estaba herido.

Uno de aquellos días varios ciudadanos estaban en el Parque comentando el hecho que dejo descrito, cuando se presentó el *interfecto;* y uno de los concurrentes le preguntó si era verdad lo que se contaba de él, contestándole el aludido:

—Lo que á mí me pasó pasa á cualquiera. Lo que hay es que si me hubiese pasado de tú á mí, de seguro que no me hubiera ca..do.

DÍA 28

Los trescientos marselleses

Este es el día de más zozobras para la gente pacífica. Se pasó una

parte de la mañana comentando los hechos del día anterior, y en particular los de la noche.

A los sobresaltos del día anterior sucedió la calma; calma que no satisfacía á nadie.

Serían las once de la mañana, que las ramblas y la plaza de la Libertad estaban llenas de gente del pueblo que discutía con calor los hechos del día anterior. El espectador que recorría de grupo en grupo y no era sospechoso á los que los componían, pronto se hacía cargo de la excitación que dominaba en la masa. En todos los corros dominaba el ardor bélico. No había casi nadie, al decir de éllos, que el día anterior no hubiese realizado alguna hazaña.

Pronto circuló el rumor, y con insistencia, de que los más belicosos habían salido de la ciudad en busca de armas, y que una vez las tuviesen se reunirían en la riera de Argentona y que por la noche entrarían á sangre y fuego en la ciudad.

A las dos de la tarde no se hablaba de otra cosa que de los 300 *marselleses* que por la noche habían de entrar en Mataró.

En casa del Presidente del Partido Federalista Radical se reunieron varios prohombres de este Partido, del Socialista y del Autonomista Republicano; partidos que habían secundado el movimiento de protesta contra la guerra.

Los allí reunidos cambiaron impresiones referente á lo que había que hacer ante la amenaza, que iba de boca en boca, de que los 300 *marselleses* obligarían á los concejales republicanos á ir al frente de ellos.

El Presidente de los Federales, y á la par concejal, decía en tono irónico:

—«Quieren que sea guerrero por fuerza. No sé si están enterados, estos *marselleses* que se han propuesto obligarme, que en la milicia me dieron por inútil porque no servía para esos trotes.»

Otro concejal añadía:

—«Lo que es yo estoy conforme en ir con ellos, pero quiero saber á qué van y á dónde.»

Otros decían que lo que se debía hacer era ir á encontrarlos y convocarlos á un *mitin* al aire libre y ver si se les hacía desistir de entrar en Mataró en son de amenaza.

Despidiéronse los reunidos sin tomar determinación alguna.

Al caer de la tarde, presentóse en casa del citado Presidente un hombre, de grandes prestigios dentro del republicanismo del Distrito

de Mataró, para cambiar impresiones y ponerse en contacto con los republicanos de ésta.

Pronto los dos hombres se entendieron. La entereza con que el forastero, casi viejo, hablaba en favor de la República y que estaba dispuesto á sacrificar su vida, si fuese preciso, en aras del ideal, no pareció sino que por encanto hubiese inoculado sus energías al que momentos antes estaba anonadado.

Determinaron nuestros dos hombres ir, por diferente camino, á reunirse con los insurgentes.

¿Que se propusieron al ir á encontrar á los revolucionarios? Pronto lo sabremos.

Los dos eran republicanos federales y representaban á otros republicanos: el forastero representaba á los revolucionarios de varios pueblos del Distrito y el otro al partido más numeroso y más radical de la localidad. Por lo tanto, uno y otro, como hombres de ideales y por lo que representaban, tenían la obligación de mirar si aquel movimiento, que hacía tres días que duraba, sin que tomara ninguna orientación, lo encauzaban en pro de la República.

Antes de llegar el Presidente al punto de reunión, encontróse con un *marsellés*, que se retiraba triste y cabizbajo, y preguntándole por sus compañeros, el *marsellés* le dijo que habían formado varios grupos y que no se entendían, por lo cual él se retiraba.

El Presidente convenció al *marsellés* de que fuese en busca de sus compañeros, porque tenía que exponerles un plan.

Cuando el *marsellés* volvió con varios compañeros suyos, también llegó el forastero.

Después de saludarse, el Presidente les dijo:

—Supongo que sois muchos más que los que aquí presentes.

—Los otros—le contestaron:—ya están en sus puestos esperando la consigna para entrar en Mataró.

—¿Qué es lo que os proponéis?

—Atacar varios puntos á la vez.

—Habéis hecho tarde, porque en todos los puntos que vayáis os recibirán á tiros: están bien parapetados y además tienen buen armamento; en cambio vosotros disponéis de armas casi inofensivas y muchos ni siquiera las sabéis manejar.

Tomó la palabra el forastero y dijo:

—Yo ya soy viejo y poco perdería con sacrificar mi vida; pero no puedo aconsejar que la perdáis esterilmente, los que sois jóvenes y

padres de familia, porque vuestros hijos os necesitan. Por lo tanto, si no se pone algún hombre de arraigo de Barcelona al frente de este movimiento, debemos quedarnos á la espectativa.

—Entonces—contestaron los *marselleses*—¿á qué habéis venido?

—A lo siguiente—contestoles el Presidente:—si vuestra actitud es en favor de la República, deponed las armas, y seguiremos luchando; y sin derramar una gota de sangre conseguiremos lo mismo.

—Y entre tanto—le dijeron los *marselleses*—la guardia civil y demás fuerzas nos ametrallarán y nos moriremos de hambre.

—Si me apoyáis—díjoles el Presidente—ni os ametrallarán ni á nadie le faltará de comer.

Observó un *marsellés* que no estaban todos los insurgentes y que había que avisarles; lo que hicieron al momento.

Mientras aguardaron á los demás, despidiose el forastero, encargando que lo que se acordase debía cumplirse.

Una vez reunidos, díjoles el Presidente:—¿todas las fuerzas están aquí?

—Faltan los de un grupito—contestaron—que obran por su cuenta.

—Yo que me creía—díjoles el Presidente—encontrarme con 300 *marselleses* bien armados, veo que he de quitar un cero. ¿Y tan poca gente querías ir á atacar edificios que parecen fortalezas?

—Y todavía sobramos—le contestó un bravucón:—si éste tarda un momento más en llegar (señalando al que los había ido á buscar) habríamos mandado al otro mundo á cuatro *cosacos* que van por la carretera en dirección á Mataró.

—Pero no lo habéis hecho,—objetóle un guasón.

—Dejáos de discusiones—observóles uno—y que se nos diga porqué hemos sido llamados.

Se puso á discusión la proposición del Presidente y fué aceptada, —aunque por algunos á regañadientes,—con la condición de que todos irían con las armas á sus casas.

Se fué el Presidente á Mataró á cumplir una misión que no es del caso explicar, encargando á los insurgentes que le aguardasen, que él volvería.

Por el camino encontróse con dos concejales republicanos que iban en su busca. En pocas palabras les puso al tanto de lo que pasaba y á lo que iba y se fueron juntos.

Cumplida la misión, volvió el Presidente á la riera de Argentona en busca de los *marselleses,* los cuales se habían amotinado y á algu-

nos se les había disparado el arma. Todavía tuvo que desarmar la de alguno que nunca las había visto más frescas.

Milagro fué que no hubiese desgracias, hijas de la inexperiencia.

Hombres que blasonáis de revolucionarios y que decís que sois de «*armas tomar*»: en vez de pasaros las fiestas en el café ó en la sociedad jugando, debéis dedicaros al *sport* de la caza, que á lo menos aprenderéis el manejo de las armas y conoceréis el monte y sus veredas; que si alguna vez tenéis que huir, á lo menos no necesitaréis guías, que siempre es un inconveniente.

Cuando los pocos que quedaban (los más listos habían marchado uno tras otro) tuvieron las armas desmontadas, tres individuos, mozos de huertas, dijeron que éllos no habían comido y que no cenarían porque sus principales no les abrirían las puertas.

—Podéis venir á Mataró—les dijo uno—que en cualquier taberna comeréis algo.

—¿Como quieres que puedan comer—observóle el Presidente—si habéis hecho cerrar todos los establecimientos? No por esto os habéis de quedar sin cenar: venid conmigo y cenaréis en mi casa.

Cada mochuelo se fué á su olivo y el Presidente á hacer de Lúculo pobre con sus convidados. Cuando éstos hubieron comido (serían las doce) se marcharon de la casa del Presidente y éste salió á dar un paseo por las ramblas, en las cuales había algunos grupos que comentaban lo sucedido. Al pasar por la Rambla de Castelar, oyó el siguiente diálogo:

—Nos han vendido—decía uno,—y otro le contestaba:—¡Yo que tenía tantas ganas de vaciar varios vientres!

¡Cosa singular! El patrono del que quería vaciar barrigas, el día del *Somatent* contaba con él para ir contra el pueblo.

Ninguno de estos que decían que se los había vendido, formaba con los insurgentes.

DÍA 29

Asalto de una tahona.—El pueblo se apodera del Ayuntamiento,

Todos los ciudadanos que no estaban al tanto de lo que en la noche anterior había pasado con los insurgentes, se admiraban de la tranquilidad que había reinado.

Fué tanta la confianza que el pueblo *indiferente* recobró porque en la noche anterior no se habían cumplido los vaticinios que se habían propalado, que los comercios abrieron las tiendas al público, y las mujeres fueron á la compra como otro día festivo cualquiera; pero pronto cambióse el aspecto.

Se hizo correr el rumor de que se expendía carne nociva, fundándose los que lo aseguraban, en que el día anterior no se había sacrificado ninguna res.

Los que más calor daban á lo de la carne, eran los carniceros que no la tenían para expenderla.

Serían las siete de la mañana, que el Presidente estaba conversando con varios amigos en la plaza de la Libertad, cuando vió venir un individuo (que se hizo popular en aquellos días: unos le llamaban el Alcalde, otros el General; y todo porque con su entereza ponía *orden* en muchos que querían aprovecharse de aquel desorden, y en particular en algunos comerciantes que querían hacer su agosto.)

Preguntóle el Presidente á qué iba tan de prisa.

—A buscar al Inspector de la carne—contestóle el aludido.

El Presidente le dijo que se volviese á la plaza, que él iría por el Inspector.

Este hombre, que á una indicación del Presidente volviose á la plaza, era el revolucionario más temible, por lo valiente, que había en Mataró. Pero este hombre, que es más valiente que Antar, es un republicano disciplinado y esclavo de su palabra; y considera al Presidente como su jefe, y además era de los de la riera de Argentona y de los que prometieron al Presidente ayudarle en todo. Nos consta que éste tenía y tiene absoluta confianza en èste desgraciado individuo, que al escribir estas cuartillas todavía está desterrado.

Presidente é Inspector recorrieron las plazas mercado, y de la inspección resultó que todas las materias que se expendían eran buenas.

Un observador que hubiese dado la vuelta por las plazas habría notado que el ánimo del público podíase clasificar de la siguiente manera:

Una parte era amante de la violencia, del asalto, quizás del robo. En las tiendas en que se expendían carnes, con el pretexto de que eran nocivas se aglomeraba cierto público en actitud amenazadora y con miras al cajón, y que gritaba:—¡que se cierren las tiendas, que si no podemos comer nosotros, que no coma nadie!

Este público no era republicano, ni socialista, ni anarquista, ni siquiera era obrero: eran los que en todas las revoluciones van á retaguardia para no exponerse, y si tan sólo para sacar raja; eran los que, sin ideal, forman en las revueltas para deshonrarlas con sus granujerías.

La otra parte se componía de los que todas las fiestas van á la compra y de varios que se habían propuesto dar forma á aquel disloque.

Estaba prohibido hacer pan y alguna tahona lo hizo. En una de ellas fué una mujer á comprarlo y no quisieron vendérselo, so pretesto, según se dijo, de que el que tenían era para los señores. Al salir la mujer de la tahona, contó á un grupo que había allí cerca, lo que le habia pasado. Acababa de concluir su relato, cuando salió de la indicada tahona una sirvienta con dos panes Ver esto el público y asaltar la tahona, fué todo uno. Apostrofaron al dueño y se llevaron bastantes panes, no todos.

En tiempo de la Revolución francesa el pan escaseaba mucho. Cerca de la Convención había una tahona que hacía unos panecillos que eran sólo para los diputados y los vendía á un precio exhorbitante. Pero el usurero no contaba con la huéspeda, y la huéspeda era el pueblo que un día asaltó la tahona y arrastró al dueño por las calles de París.

Pronto se propagó la noticia del asalto á la tahona, formándose un numeroso grupo en la plaza de la Libertad comentando el hecho. Unos lamentaban el cariz que tomaba aquel movimiento, vaticinando que pronto degeneraría en el asesinato y en el robo; otros, que el hambre más espantosa reinaría en las casas de los obreros; los de más allá decían: mejor, porque así iremos á las casas de los ricos á buscar provisiones.

Tomó la palabra uno que hacía alarde de haberse apoderado de un pan, y lo mostraba diciendo:

—El que tenga gana que haga como yo; solamente los cobardes se lamentan y se mueren de hambre.

El Presidente, que estaba atento á lo que pasaba, tomó cartas en el asunto, diciendo:

—Tu acción es la razón de la fuerza. Con el mismo derecho que te has apoderado de este pan, podría yo quitártelo, y otro, también con el mismo derecho, quitármelo á mí. ¿Qué resultaría de todo esto? Una lucha de fieras.

—¡Pues qué! ¿Acaso—objetó uno—nos hemos de estar cruzados de brazos y morirnos de hambre, mientras hay almacenes que están repletos de municiones de boca? Esto sería ridículo y cobarde.

—Nadie ha de morirse de hambre—observó el Presidente—ni siquiera padecerla. Si se va al asalto, correrá sangre y no por eso comeremos todos, mientras que, de otra manera, nadie quedaría sin comer.

—¿Cómo lo harías—le objetaron—para que todos pudiésemos comer?

—Es muy sencillo:—les contestó el Presidente—estamos en el cuarto día de revuelta y no sabemos los que puede durar, y todavía no nos hemos preocupado de dar una orientación á este movimiento.

—¿Por qué no lo hacéis?—le contestaron.

—Porque—añadió el Presidente—no hay quien tenga ascendiente sobre la masa popular; porque nadie obedece á nadie, y porque no hay un hombre que sea capaz de convocar al pueblo.

—¿Por qué no lo haces tú?—le dijeron.

—Porque no soy orador y aunque me lo propusiera, nadie me apoyaría.

—Aquí hay—le dijeron—representación de todos los partidos y sociedades que se adhirieron al movimiento de protesta, que de seguro te apoyarían.

—Si es así—objetóles el Presidente—ya podemos ir á reunirnos.

A los quince minutos salía el Presidente al balcón del Centro Federalista Radical, que da á la plaza de la Libertad, diciendo:

—Reunidos varios individuos que representamos los partidos políticos y sociedades obreras adheridos á la protesta contra la guerra, hemos acordado convocar al pueblo en esta plaza para tratar de las subsistencias y de sí hemos de seguir luchando: la reunión será á las diez.

El Presidente tenía un plan, que sometió á la aprobación de los que se habían reunido, el cual fué aprobado.

Él mismo fué á ver al Presidente del Centro de Agremiados para ver si quería coadyuvar á la obra que iban á emprender; cosa que aceptó al momento el citado Presidente de los Agremiados y concejal á la vez.

A las diez en punto salió el Presidente con sus compañeros al balcón del citado Centro y dirigió la palabra al inmenso público que estaba reunido en la plaza de la Libertad, diciendo:

—Ciudadanos: Los representantes de los partidos republicanos, Federalista y Autonomista; Socialista y Agrupación Anarquista y So-

ciedades Obreras, me han encargado que os expusiera el siguiente plan para ver si lo aprobáis:

—¿Estáis conformes en seguir la protesta contra esa inicua guerra que es azote de los desheredados?

—¡¡Sí!!—contestó el pueblo.

—¿Estáis dispuestos á luchar mientras en Barcelona se luche?

—¡¡Sí!!—también contestó la multitud.

—Pues, para luchar es indispensable comer, porque al que no come le faltan fuerzas para la lucha. Por lo tanto, las entidades ya citadas, junto con los concejales republicanos apoyados por el pueblo, van á tomar posesión de la Casa de la ciudad, y mañana empezará el reparto de bonos para todos los necesitados. Para que esto sea realizable, es necesario que todos los establecimientos que expenden materias de primera necesidad estén abiertos hasta las diez de la mañana.

—¿Estáis conformes con lo expuesto?

—¡¡Sí!!—fué la respuesta que dió la masa.

Otro concejal dirigió la palabra al pueblo, diciendo:

—Si en Barcelona se da el grito de *¡viva la República!*, estad seguros de que también se dará aquí, aunque de hecho ya la tenemos; sólo falta proclamarla oficialmente.

Con una salva de aplausos contestó el público á las palabras del orador.

Acto seguido, los que habían convocado al pueblo, y que de aquí en adelante les conoceremos por la *Comisión Popular*, se dirigieron á la Casa de la ciudad á tomar posesión.

Al poco rato de funcionar la Comisión, presentóseles el Alcalde, á quien el Presidente le dijo:

—Ya lo vé; hemos venido á recojer lo que ustedes abandonaron; pero no tema, que pronto le devolveremos el mando. A menos que se proclamase la República...

—Ya pueden continuar—le contestó el Alcalde—y que buen provecho les haga.

Aunque el Alcalde dijese lo que antecede, no estaba dispuesto, así como así, á que los *demagogos* dictasen disposiciones sin su visto bueno, porque al poco rato dijo al Presidente:

—Todo esto me va muy bien, pero con la base de ir mañana á trabajar.

—No seré yo—le contestó el Presidente—quien lo aconseje, á lo menos por ahora. Si á usted le parece, puede salir al balcón y proponerlo.

—Hombre—objetóle el Alcalde—si lo hiciera, no creo que me pasar nada, porque creo que no soy impopular.

Pretensiones de Alcalde de real orden.

Iba la Comisión ordenando disposiciones haciendo caso omiso de Alcalde; cosa que éste notó y dijo:

—Parece que estoy de sobras y por lo tanto me retiro.

—Aquí—le contestaron—nadie está de sobras. En cuanto á retirarse, puede usted hacer lo que mejor le plazca.

No haría treinta minutos que la Comisión estaba en funciones, qu se les presentó un individuo de Dosrius pidiendo permiso para trilla trigo. La Comisión le contestó que no se ocupaba de nada que no fuer de Mataró y que con los que se había de arreglar era con los de s pueblo.

Esto prueba la importancia de aquel movimiento.

Una de las primeras medidas que tomó la Comisión, fué la de reunir á los almacenistas de artículos de primera necesidad, para sabe con lo que podían contar. De esta reunión salió la iniciativa de abri una suscripción, para sufragar los gastos de los bonos; cual suscripció arrojó la suma de siete mil pesetas.

Estaba reunida la Comisión para nombrar su Presidente, que lo fu por unanimidad el concejal y Presidente del Centro Federalista Radical, cuando se les notificó que algunos individuos recorrían los estancos pidiendo tabaco, y que cuando lo tenían decían que el pueblo pagaba. Pronto la Comisión puso coto á aquellos desmanes, que no volvieron á repetirse.

Algunos individuos de la Comisión pasaron la tarde y parte de l noche del primer día en asumir la dirección de aquel gran movimiento y en resolver asuntos, quizás los de más transcendencia y de caráct no publicable. ¡Qué difícil es aunar voluntades y caracteres díscolos po temperamento y bravucones ante un público!

DÍA 30

Documento histórico.—Repartición de bonos.

Muy de mañana la Comisión ya estaba en la Casa de la ciuda preparando el reparto de bonos.

Serían las siete de la mañana que se presentaron varios individuo

ante el Presidente diciéndole que los templos estaban abiertos, y que si no los hacía cerrar, ellos lo harían.

El Presidente envió un empleado del Municipio al Alcalde, para que indicase al Arcipreste que era una imprudencia el abrir los templos.

El Alcalde, que de seguro estaba molestado por lo del día anterior, le contestó que él ya no era nada, y que en todo caso lo indicase al Comandante militar.

Dada la contestación del Alcalde, el Presidente llamó á un escribiente, indicándole que redactase lo que sigue:

«La Comisión Popular, encargada de la conservación del orden durante las actuales circunstancias, previene á usted que, al igual que los demás establecimientos en que no se expenden artículos de primera necesidad, se abstenga de abrir al público el templo de su dirección, mientras dure el actual estado excepcional, si no quiere exponerse á desagradables sucesos.»

Púsose el sello del Ayuntamiento á la expresada circular, y se envió una á cada iglesia.

Casi todos los diarios de Barcelona, y de otros puntos de España, hicieron referencia de este documento; aunque ninguno lo conocía, porque hasta el presente ha estado inédito.

Conste que la Autoridad eclesiástica tuvo el buen acuerdo de acatar esta circular; y conste también que ninguno de estos documentos obró en el proceso que se abrió después de los acontecimientos.

El asunto que más trabajo ocasionó á la Comisión fué el de la distribución de los bonos. Era tanta la aglomeración de gente que acudió, que se estrujaban unos á otros para ser los primeros.

Aunque la Comisión les indicara que para todos habría, no por esto cesaban los empujones y los gritos.

Apenaba el alma del espectador, el oir las acusaciones que se dirigían unos á otros.

Decían unos:—Mira, aquella es la amiga de un carabinero, que de seguro nos ametralló; por lo tanto no hay que darle bonos.

—¿Has oído á aquella—añadía otra—que ha dicho que son siete de familia? Pues no son más que tres. Esto es robar.

—¿Qué no ves la Picora?—decía la de más allá:—¡Qué barra tiene! Nada menos que es propietaria de dos casas.

Otros gritaban:—¿Pero los gitanos también han de venir á buscar bonos?

Todo esto procuraban que lo oyesen los de la Comisión. El Presidente les calmaba diciéndoles:

—No os preocupe que haya quien obtenga más bonos de los que necesite; que para todos habrá. Os sabe mal que la amiga del carabinero venga por bonos; quizás la pobre no tiene de qué comer. Aquella que decís que es propietaria y viene por bonos, tenedle lástima, que con sus casas y todo debe ser una desgraciada. Tampoco quisiérais que los gitanos percibiesen bonos, ¿verdad? Pues ¿de qué han de comer? Habéis de saber que en estado normal casi viven de bonos; lógico es que también los obtengan.

A los que repartían los bonos también les molestaba que hubiese quien adquiriese más de los que necesitaba, y el Presidente les decía:

—No les escaseéis un bono, porque todo lo más que pueden adquirir son provisiones para un par de días, que bien las habrán de menester, y con todo no lograrán resarcirse de los jornales que habrán perdido.

Con tanto *derroche*, como se ha dicho que se hizo de bonos, en cinco días se repartió por valor de unas diez mil pesetas.

¿Qué representa esta cantidad, ante el orden, la tranquilidad y el buen humor que reinó durante los cinco días que la Comisión mandó?

Solamente los que huyeron, los cobardes que no se atrevieron á salir de sus casas en aquellos días y los que aconsejaban á algunos individuos de la Comisión que no venía de mil pesetas, son los únicos que en los días del terror blanco se atrevían á decir que se había hecho un derroche de bonos.

Que el pueblo lo tenga presente.

DÍA 31

El cañonero «Temerario».—Alarma que produjo

El pueblo, por la mañana y por la tarde, salió al campo á expansionarse, ya que en la ciudad no podía divertirse.

Hubo varias alarmas. La primera la motivó el cañonero *Temerario*, que vino á traer y recojer la correspondencia. Como que nadie sabía á lo que venía hasta que se hubo marchado, dió ocasión á varios infelices, ó mal intencionados, para decir que la Comisión se los había vendido. Esto es moneda corriente en todas las revueltas.

Todos los días se presentaban forasteros trayendo noticias alar-

mantes. Todo lo que contaban era estupendo, lo mismo si era de Barcelona que si era de otra localidad. Por supuesto, de todo lo que contaban, ellos eran los protagonistas. Pero no se les hacía caso, porque la Comisión estaba al tanto de lo que pasaba en Barcelona, que era el punto de mira.

Presentóse un forastero que empezó á emprenderlas contra los de la Comisión, diciendo que ya estaba harto de que dos ó tres lo mangoneasen todo y que él era capaz...

Objetóle un oyente:—los de esta localidad hemos hecho unas bases por las que nos regimos. Por lo tanto, si viene un forastero, ha de atenerse á éllas, ó de lo contrario marcharse.

—¿Y si no me conformase?—dijo el forastero:—porque soy capaz...

—De nada no sois capaz—objetóle el que le había interrumpido:—vamos á ver: ¿En dónde habéis estado estos días en que nosotros nos jugábamos la vida?

—Estaba—contestó—en donde me daba la gana.

—¿Sabéis—objetóle dirigiéndose al corro que lo escuchaba—en dónde estaba? *Tancat dins un armari. ¿Que no sentiu la pudó que fa de florit?*

El público rióse á carcajadas y el forastero se escurrió.

De episodios como este hubo varios.

Otra alarma hubo, y la motivó una barca que llevaba pasajeros, á quienes, al desembarcar, se les exigió que se descubriesen; cosa que tres hicieron en seguida saltando en tierra; pero los demás, en vez de descubrirse, obligaron al patrón á que se hiciese mar adentro. Hubo tiros, carreras y sustos. Hasta en la rambla de Castelar un *valiente* disparó, ó se le disparó, el revólver.

Tres individuos de la Comisión se personaron ante los individuos que habían desembarcado, para enterarse de quiénes eran los que quedaban en la barca.

Los que habían desembarcado dijeron ser comerciantes de vino de San Felíu de Guíxols, y que los que quedaban en la barca eran curas ó frailes.

—¿En qué os fundáis?—les dijeron los de la Comisión.

—En lo siguiente—contestó uno de los tres:—estábamos en el muelle de Barcelona esperando que alguna embarcación saliese con dirección á San Felíu, cuando nos notificaron que había una barca en la que cabían tres pasajeros y que iba á San Felíu; ya no quisimos saber más: á embarcarnos tocan. Al poco rato de navegar, los siete pasajeros que

ya encontramos en la barca sacaron un libro cada uno, se persignaron y se pusieron á rezar. En vista de esto, nosotros hemos dicho que de ninguna manera podíamos desembarcar en San Felíu, porque, á lo que menos nos exponíamos, era á ser apedreados, y que por lo tanto debíamos desembarcar en otro punto. Esto es todo cuanto os podemos decir y el por qué de nuestro desembarco.

Pronto circuló la noticia de que había una barca que quería desembarcar frailes, por lo que se aglomeró mucha gente en la playa esperando la barca, que ya no volvió á aparecer.

Propalóse, y con insistencia, la noticia de que los carlistas estaban armados para ir á defender el desembarco de los citados frailes.

Se fantaseó tanto la *actitud* de los carlistas, que algunos timoratos llegaron á creer que la Comisión sería atacada por los partidarios de don Carlos.

Si á uno de estos que les está vedado referir las cosas tal como se las han contado, le decían:—he visto á cuatro carlistas conversando, él añadía:—he visto ocho carlistas armados. Y si lo contaba á otro de su fuste, no sé lo que éste añadiría. Es decir, sí que lo sé. Añadiría lo que contaré, que es lo que pasó este día cuando lo de la barca.

En el Centro Federalista Radical, que era el punto de reunión de los que dirigían el movimiento, se presentó un individuo que iba á todo escape gritando: *¡¡armas llargas!!*, que los carlistas han asaltado la Casa de la ciudad.

Aquello fué el delirio: unos huyeron, otros se fueron á la Casa de la ciudad á ver lo que pasaba; y no había pasado nada de las noticias alarmantes que hacían reir á los de la Comisión.

El Presidente decía á los que le traían noticias del *asalto*:—no os preocupe lo que puedan hacer los carlistas, que la mayoría de ellos y sus familias lo que han hecho ha sido marcharse... Por si acaso...

DÍAS 1 Y 2 DE AGOSTO

Ultimos días

Estos dos días se pasaron tan pacíficamente, que no sucedió nada digno de contarse.

El trabajo de la Comisión fué el de repartir bonos y denegar permisos para la circulación de tartanas; también se cuidó de la adminis-

tración de consumos, enviando á buscar á los que con la quema de las casillas pudiesen haber hecho su agosto, porque la intención del pueblo al quemarlas no era para que los comerciantes se aprovechasen.

El Presidente iba preparando algunas reformas, tan radicales en materia de empleados y en otros órdenes, que hasta tenía inquietos á parte de los suyos.

Por fortuna para algunos empleados de primera fila, pronto las cosas volvieron, en la Casa de la ciudad, como estaban antes de la revuelta.

Se ha acusado al Presidente de que creía que la República era un hecho. Nos consta que yerran los que tal dicen. Al segundo día de haber tomado posesión de la Casa de la ciudad, ya empezó á preparar la retirada de los que pudiesen ser acusados de revoltosos. Retirada que se efectuó mientras tomaban posesión del Municipio las fuerzas de la guardia civil que había traído el cañonero *Temerario*.

Mientras duró el mando de la Comisión Popular, pasó toda la *ola roja* por la Casa de la ciudad, y ni siquiera se cambió de sitio ni el cuadro del rey, ni el del cardenal Vives, ni desapareció el valor de una pluma de escribir.

Esto honra mucho á la *plebe*.

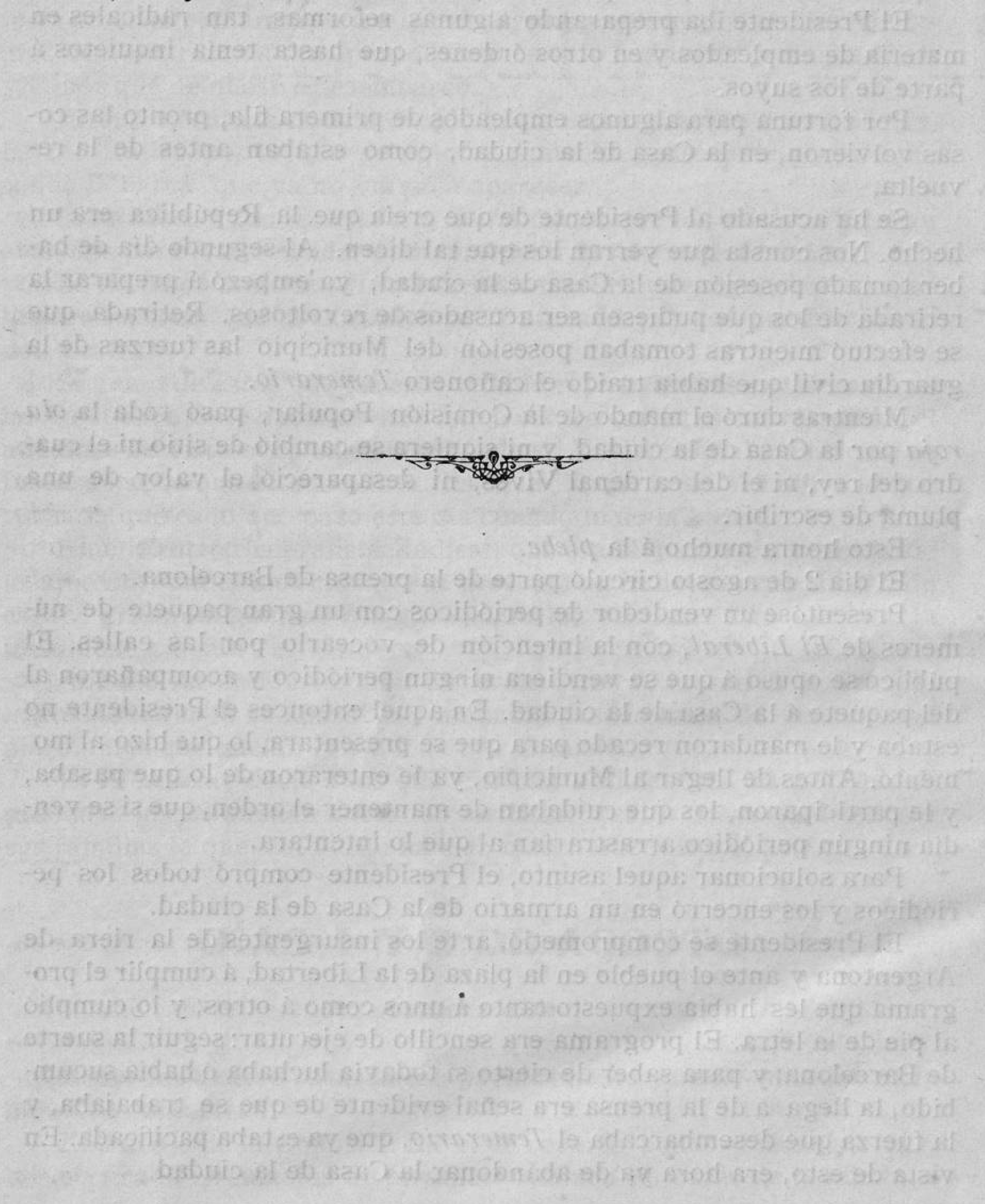
El día 2 de agosto circuló parte de la prensa de Barcelona.

Presentóse un vendedor de periódicos con un gran paquete de números de *El Liberal*, con la intención de vocearlo por las calles. El público se opuso á que se vendiera ningún periódico y acompañaron al del paquete á la Casa de la ciudad. En aquel entonces el Presidente no estaba y le mandaron recado para que se presentara, lo que hizo al momento. Antes de llegar al Municipio, ya le enteraron de lo que pasaba, y le participaron, los que cuidaban de mantener el orden, que si se vendía ningún periódico arrastrarían al que lo intentara.

Para solucionar aquel asunto, el Presidente compró todos los periódicos y los encerró en un armario de la Casa de la ciudad.

El Presidente se comprometió, ante los insurgentes de la riera de Argentona y ante el pueblo en la plaza de la Libertad, á cumplir el programa que les había expuesto tanto á unos como á otros; y lo cumplió al pie de la letra. El programa era sencillo de ejecutar: seguir la suerte de Barcelona; y para saber de cierto si todavía luchaba ó había sucumbido, la llegada de la prensa era señal evidente de que se trabajaba, y la fuerza que desembarcaba el *Temerario*, que ya estaba pacificada. En vista de esto, era hora ya de abandonar la Casa de la ciudad.

Llegó la fuerza y en seguida se posesionó del Municipio y obligó á los comercios á abrir las tiendas é hizo proclamar, por medio de un bando, la ley marcial.



EPÍLOGO

Ya pasaron los días de la revuelta; ya no se vé aquella masa de gente que llenaba de bote en bote ramblas y plazas; ya no se oye, en público, la protesta contra la injusta guerra; ya no se vé por las calles á los revolucionarios, porque han tenido que huir para no caer en las garras de la *Ley*.

Los que se pasean son otros: son los que al primer grito de ¡abajo la guerra!, huyeron abandonando su ciudad nativa á las iras de los protestantes; son los *patriotas* á quienes faltó valor para defender sus intereses y hasta su familia; que si se respetaron, no fué porque fuesen defendidos, no, que fué porque el pueblo no es vengativo. Y en cambio se correspondió á su generosidad con la delación y el encarcelamiento.

¡Qué contraste entre los *rojos* y los *blancos!* Los primeros no causaron ni una víctima; los segundos las hicieron á centenares.

Cuando los protestantes de la guerra ponían terreno por enmedio de la represión maurista, se encontraron por esos montes con los que habían huído por temor al pueblo, que ya volvían al seno de sus familias para gozar el terror blanco.

Los que habían librado á Mataró de días de luto, tenían que huir de la justicia histórica; mientras que los que lo abandonaron cobardemente, volvían para imperar en la ciudad.

Así se premia, á los que, en la actual sociedad, se sacrifican por ella.

Algunos que escaparon de los sicarios de Maura, hicieron noche en una casa de campo, en la cual fueron muy obsequiados.

Después de cenar, se departió sobre los asuntos del día. Uno de los obsequiados dijo:

—Envidio el sosiego de que gozáis los que vivís en casas de campo. A lo menos aquí se está libre de las luchas intestinas que se padecen en las ciudades.

«—No es oro todo lo que reluce, amigo, no,—dijo el dueño de la

casa—en el campo también sufrimos los embates de las luchas sociales y políticas que se desarrollan en las ciudades.

»He presenciado tres guerras civiles y en todas he sido atropellado. En la denominada de los *siete años*, en que todavía era un niño, fuímos atropellados por tirios y troyanos, en la de los *matiners* y en la última no tuvimos mejor suerte.

»Los carlistas nos insultaban y nos robaban porque decían que éramos liberales, y éstos tampoco nos trataban bien porque nos creían carlistas.

»He maldecido más de mil veces á los que las sostienen.

»Para demostraros que sin comerlo ni beberlo tocamos las consecuencias de todo lo anormal que ocurre en las ciudades, basta recordaros vuestra presencia. Hoy es á vosotros á los que doy hospitalidad, y hace ocho días que la daba á varios maristas que huían, según dijeron, de los revolucionarios. Aunque unos y otros os presentáis en son de paz, no por esto deja de traernos sobresaltos; y conste que esto lo digo en el seno de la amistad.»

Al día siguiente, los que pasaron la noche en la citada casa de campo se despidieron de los dueños, dándoles, como se supone, las gracias por la atención de que habían sido objeto, y cada uno tomó diferente dirección.

El Presidente, que era uno de los antes citados, se dirigió á su pueblo natal.

Nos consta que mientras iba andando volvía muy amenudo la vista atrás para mirar las cimas de los montes que dominan á Mataró, y á cada uno que iba desapareciendo de su vista le daba un ¡adiós! muy triste, para que lo transmitiera á su amada esposa y queridos hijos que ni tiempo le dieron para despedirse de ellos cuando le notificaron que debía marcharse si no quería ser detenido.

Fueron tantos los disgustos y sobresaltos que pasó la esposa del Presidente, (como las esposas y madres de los demás perseguidos) que le ha costado la vida.

¡Descanse en paz la amantísima esposa y cariñosísima madre!

Cuanto más se acercaba á su patria nativa, más triste se ponía, porque se apartaba más de sus seres más queridos.

Hizo el recorrido en medio de un sol abrasador, maldiciendo á la sociedad que era causa de sus males.

«—En mi situación—decía—me gustaría ver á los partidarios de la patria chica; á estos que cantan las excelencias del riachuelo que nos

ha besado los piés cuando niños; del monte en que hacíamos nuestras correrías; del bosque en que hemos cogido flores y nidos robando los pajarillos á sus padres; de las arboledas que nos han servido de escondrijo para comernos la fruta que hemos hurtado al vecino, que nos ha parecido mejor que la de nuestro huerto. En fin, todo lo que ha sido las delicias de nuestra infancia.

»Recordar y ver todo esto es muy bonito, hermoso, bello, delicioso, siempre y cuando uno va á su país natal, libre, sin que se le haya excluído de otro país en donde ha creado una familia y en el que, con el sudor de su frente, se gana el sustento para él y los suyos.

»El que ha de visitar su país natal porque es perseguido y excluído de donde había sentado sus reales, todo lo que le recuerda su infancia, en vez de alegrarle, le entristece, porque siente la nostalgia de su patria de *ocasión*, que es en donde le han quedado todos sus amores.

»Nuestra patria, la de los desheredados, es el mundo.

»El obrero, mientras subsista el régimen del salario, no puede tener patria, porque siempre ha de ir errante como tribu nómada buscando una vida mísera, hoy aquí, mañana allá y pasado mañana acullá; y si algún día se da cuenta de que sólo se le quiere como á bestia de carga y se rebela á tanta injusticia, se le persigue como á perro hidrófobo.

»¡Triste sino el del obrero!»

Los males que la represión maurista causó á varias familias obreras, han sido enormes. Fueron delatados y perseguidos todos los significados como á societarios y como á políticos.

La Comisión de obreros que iniciaron la protesta contra la guerra fueron perseguidos, y algunos de ellos encarcelados, sufriendo más de medio año de prisión; los otros huyeron á tierras extrañas, que fué la única manera de librarse de la represión.

Los esfuerzos que los de la Comisión y otros de los encarcelados y perseguidos hicieron para librar á Mataró de días de luto, de nada les sirvió en los días del terror blanco.

Estos y los concejales republicanos fueron el blanco de los delatores.

¡Que su dios se lo tenga en cuenta!

A más de los perjuícios sin cuenta que la reacción causó al proletariado, hay el que se hizo á las entidades haciéndolas cerrar sus locales, y en particular al *Ateneo Obrero*. Esta casa sostenía una escuela que era la obsesión y la pesadilla de los clericales. Escuela que todavía

no ha vuelto á abrir sus aulas, porque los liberales no cumplimos con nuestro deber.

La represión maurista nos ha hecho mucho daño, pero hemos de consignar que gracias á ella nos hemos unido todos los elementos democráticos de Mataró en apretado haz. Por lo tanto, á estos elementos toca subsanar todos los males causados por la reacción y una de las primeras cosas que hay que hacer es la de fundar escuelas racionalistas, porque es una vergüenza que una ciudad que tiene en el Ayuntamiento mayoría republicana-socialista, no tenga una escuela libre.

En Mataró, que no se derramó casi sangre, pues no hubo más que un herido; que solamente se quemaron las casillas de los consumos, que en cualquier motín de pueblo se queman, la represión fué brutal: se encarceló á más de cuarenta individuos, y muchos más fueron los que tuvieron que emigrar, para no caer, gracias á las denuncias, en las garras de la justicia histórica.

Si en esta ciudad se extremó la persecución, fué debido á cierta Comisión muy allegada del Alcalde, que fué en aquellos días á informar ante el Capitán General contra los directores del movimiento.

Quizás algún día el pueblo lo tenga en cuenta.

FIN

FE DE ERRATAS

Página	Linea	Dice	Léase
3	28	porque	por que
9	20	intimo mio	intimo amigo mio
9	35	esso	eso
10	10 y 11	el reflejo de la luna hacía que se conocieran las personas,	el reflejo de la luna, recién salida, hacía que se conocieran las personas,
15	1	desarmar	descargar
15	11	desmontadas	descargadas